

## *De maestros y homenajes*

*Ramón Villares*

Universidade de Santiago de Compostela

Ciertamente que con algún retraso respecto de otras historiografías europeas, en el caso español también se han vuelto muy frecuentes los libros de homenaje dedicados a personas distinguidas del ámbito académico y universitario, tributados con ocasión de un tránsito administrativo o, infelizmente, debido a una muerte prematura o inesperada. Este tipo de libros constituyen casi un subgénero narrativo que se halla a medio camino entre las actas de congresos científicos y el *liber amicorum* que los supérstites rinden al ser admirado o fallecido. En todo caso, reconocer un magisterio es el primer paso para la institucionalización de una profesión y el diseño preciso de una actividad intelectual, además de constituir la mejor expresión de la vieja experiencia socrática, recordada hace poco por George Steiner (STEINER, 2003), de que en el acto de educar existe, entre otras cualidades, una relación afectiva entre docente y discente. La voluntad de reconocimiento y afecto que compiladores y participantes manifiestan respecto de la figura homenajeadada se da por descontada, pero no siempre es posible evitar el peligro de convertir este tipo de publicaciones en una miscelánea temática. Quiero pensar que esta fragmentación dice más de la comunidad profesional de los historiadores que de la cualidad de los homenajeados que, en general, no sólo son acreedores de tal reconocimiento, sino que están al margen de las posibles limitaciones de las honras que se les atribuyan.

Pero, además de homenajes, está en juego la condición de maestros. En una sociedad algo adanista como es la española, identificar a los maestros de cualquier disciplina científica o académica es un ejercicio de coherencia y, desde luego, de modestia por parte de los oferentes, porque a fin de cuentas la mejor definición de un maestro es la de ser una figura que domina una disciplina y reasigna el sentido de algunos problemas de la misma. Dicho de otro modo, es aquel que asume una tradición heredada y mejora sus prestaciones, evitando la tentación comodona de cambiar las cosas de lugar, en vez de mudar cualitativamente su sentido y significado. Situados en este punto, es posible que se adelgace la nómina de quienes se pueden considerar verdaderamente maestros. En la historiografía española, y, más concretamente, en el campo del contemporaneísmo, este elenco es todavía escaso, pero ya plenamente significativo. Baste traer a colación nombres ilustres y casi coetáneos nuestros —y cito por riguroso orden cronológico— como los de Manuel Tuñón de Lara, José María Jover, Miguel Artola, Jordi Nadal, Josep Fontana o Francisco Tomás y Valiente, sobre los que existe un amplio consenso a la hora de escoger las principales figuras del particular panteón de la historiografía española de la época contemporánea, oficialmente constituida como tal a mediados de los sesenta del siglo pasado pero abierta a la influencia de otras disciplinas como la historia del derecho y la historia económica. Es verdad que se podrían agregar los nombres de algunos hispanistas de enorme influencia como el francés Pierre Vilar y el inglés Raymond Carr o que, yendo hacia atrás, se podrían invocar figuras notables de la historiografía española desde Antonio Pirala o Rafael Altamira hasta Melchor Fernández Almagro, Luis Díez del Corral o el postrero Jaume Vicens Vives, para ampliar esta nómina de maestros dedicados al estudio de los siglos XIX y XX.

Pero no es sólo del número de lo que se debe dar cuenta, cuanto de contenidos y, sobre todo, de capacidad para crear un estilo que generalmente se traduce en la aparición de una obra significativa y de una escuela de discípulos que se reconoce en ella. A este grupo pertenecen tres maestros y colegas de muchos de nosotros que, por razones bien diversas, han sido objeto de específicos libros de homenaje en fechas recientes, como en su sazón lo había sido ya la mayoría de los nombres antes evocados. Me refiero a Juan José Carreiras, nacido en 1928 y homenajeado tras su fallecimiento de forma

repentina en el crepúsculo del año 2006, con un libro coordinado por Carlos Forcadell, *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*. A Julio Aróstegui, felizmente vivo, quien transitó hacia su *jubilatio* académica en 2009, motivo por el que fue objeto de un libro homenaje coordinado por Jesús Martínez, Eduardo González Calleja, Sandra Souto y Juan A. Blanco, *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*. Y al más joven de los tres, Javier Tusell, desaparecido en 2004 con menos de sesenta años, a una edad que para los parámetros demográficos actuales es ciertamente prematura, que recibió en 2005 un singular reconocimiento en forma de «egohistorias» de algunos de sus colegas de la Universidad Complutense (*Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27) y que, de forma más extensa, es objeto de otro libro coordinado por Juan Avilés, *Historia, política y cultura. Homenaje a Javier Tusell*.

Dada la diversidad temática de este tipo de publicaciones, no resulta fácil dar una visión de conjunto que evite convertir un breve ensayo bibliográfico en una sucesión de referencias de autores y artículos incluidos en cada una de las obras antecitadas. Trataré, sin embargo, de apuntar algunas de estas líneas generales sin por ello dejar de hacer referencias concretas tanto a los contenidos de los homenajes como a las figuras a que se dedican estos tres libros que son objeto de comentario. Lo primero es dar cuenta de la dimensión de las publicaciones y la adscripción disciplinar de los participantes. Sumados los tres libros, son casi ciento diez los colaboradores, distribuidos de forma muy equitativa entre ellos (más de cuarenta en el caso de J. J. Carreras, treinta y siete en el de J. Tusell y treinta y uno en el de J. Aróstegui). No sabría decir si son muchos o pocos, pero lo que sí resulta indicativo es que apenas se repiten los autores, sea por la coetaneidad de su convocatoria o sea por la diversidad de escuela o de campo temático sugerido por los organizadores. Realmente, hay dos repeticiones de autores entre los libros de Carreras y Aróstegui (J. Ugarte e I. Castells), otras dos entre los de Carreras y Tusell (I. Saz y J. C. Mainer), y dos más entre los de Aróstegui y Tusell (A. Fernández y W. Bernecker). Se puede decir que existe una cierta insularidad en la expresión de reconocimiento y afecto que, sin embargo, deja patente una clara especialización temática y metodológica.

Además del número, también resulta significativa la procedencia corporativa de los colaboradores de los tres homenajes. Este origen

es muy plural en el caso de J. J. Carreras, con presencia de historiadores de la literatura, del mundo antiguo o de campos extraacadémicos (antiguas alumnas, personal de administración y servicios), así como de viejos colegas en Heidelberg, como el filósofo Emilio Lledó. En los homenajes de J. Aróstegui y de J. Tusell, la procedencia de las contribuciones es mayoritariamente disciplinar, además de algunos aportes extranjeros como Bernecker o Saborido, en el caso de Aróstegui, y de S. Payne o Giuliana di Febo, en el de J. Tusell. Una parte nada pequeña de los homenajes lo constituye el capítulo de perfiles o evocaciones personales, que le añaden un sesgo emocional a estos libros. Este tipo de contribuciones son más generosas en los casos de Aróstegui y Carreras que en el de Tusell, quizás por haberlas recibido ya en el homenaje anterior del *alma mater* complutense. Pero más allá de estas groseras aproximaciones cuantitativas, lo más relevante es la coherencia —que no evita la desigualdad— con que están concebidos estos homenajes.

Subrayemos de entrada las diferencias. Para el caso de J. J. Carreras y de J. Aróstegui, las reflexiones de naturaleza historiográfica aplicadas a la propia obra de los homenajeados son abundantes (en torno a una cuarta parte de los contenidos), mientras que para el caso de J. Tusell son tan escasas como sectorializadas: dos perfiles biográficos y dos comentarios sobre sendos campos del quehacer tuselliano, el catolicismo (J. M. Cuenca) y la segunda guerra mundial (S. Payne). En el caso de Carreras, su propia especialización favorece este enfoque analítico sobre su contribución a la difusión de la historiografía en España, tarea que acometen de forma muy específica Ruiz Torres, Peiró-Marín, Ruiz Carnicer, Pasamar, Ugarte, Hernández Sandoica, Duplá o Pérez Ledesma, además de las constantes referencias que a su magisterio se entreveran en muchas de las evocaciones personales que se recogen en este homenaje, como expresión de una de las cualidades del homenajeador: «el don de consejo» gineriano rescatado por J. C. Mainer. Con todo, el reconocimiento de su papel en la homologación de la disciplina de la historiografía en España con la practicada en el entorno europeo es bien claro para dos de sus expertos discípulos en la materia. P. Ruiz Torres lo considera «el historiador español más original, constante y polifacético en lo que atañe al estudio de la historiografía contemporánea» (FORCADELL, 2009: 66), mientras que para Gonzalo Pasamar su biografía fue «una vida para la historiografía».

Este consenso sobre la dedicación a la historiografía no evita que se llame la atención sobre algún otro campo no menos interesante en la biografía intelectual de Carreras, como fue el materialismo histórico o la historia de la Europa de entreguerras.

En el libro dedicado a homenajear a J. Aróstegui se combinan dos enfoques bien diversos, además de una sección dedicada a las evocaciones biográficas. En una primera parte, que abarca casi la mitad del volumen, se reúnen en torno a una docena de artículos que tienen como hilo conductor el análisis de problemas historiográficos y metodológicos y, de forma más concreta, de la contribución del propio Aróstegui al estudio del carlismo, la guerra civil y la violencia política en la España del siglo XX. En palabras de J. Martínez, fue «el primer historiador que comprendió, destacó y estudió en serio y de forma sistemática la relación [...] entre la violencia y la historia política española del siglo XX» (MARTÍNEZ *et al.*, 2009: 5). Una segunda parte del homenaje, titulada expresamente «miscelánea de investigación», reúne trabajos bien diversos, unos de reflexión teórica y los más sobre contenidos muy dispares que apenas tienen relación con las querencias temáticas del homenajeado.

En cuanto a los dos volúmenes de homenaje a J. Tusell, es la historia política la que presenta una clara hegemonía, con contenidos que de forma mayoritaria remiten a los grandes temas de la obra tuselliana, desde el periodo de la Segunda República y la guerra civil hasta algunas incursiones en la historia diplomática y de las relaciones internacionales. En el segundo volumen, el contenido es todavía más misceláneo, con contribuciones relativas a la cuestión religiosa, la historia social, historia del arte o historia de la prensa. Los contenidos reflejan grosso modo la pluralidad de temas a los que había prestado atención la pluma y la pasión investigadora de J. Tusell —la crisis del liberalismo, guerra civil y dictadura de Franco, la transición democrática—, pero apenas es posible encontrar un hilo común que permita trenzar un lienzo con todos estos materiales.

Es plausible pensar que la naturaleza de las contribuciones recogidas en cada libro-homenaje ilustra la especialización del autor homenajeado y el sesgo de su trayectoria investigadora y universitaria. Y también que los organizadores de los homenajes han intentado superar el formato de la tradición francesa de las *mélanges*, que aspiraba a medir el radio de influencia de los homenajeados —la com-

paración entre las dedicadas a L. Febvre y F. Braudel es el mejor ejemplo—, a favor de una propuesta más dinámica y especializada, al modo de los «avances en...» de inspiración anglosajona, que hacen más justicia a los homenajeados y, desde luego, a la disciplina que unos y otros profesan. De todas formas, aunque se perciba una indecisión entre un modelo y otro, es posible espigar entre la abundante cosecha de estos homenajes muchos ecos de los avances que en cada uno de sus campos han acometido los tres maestros analizados. Sólo por ello ya vale la pena saludar su publicación y recomendar su lectura, aunque ésta se haga de forma fragmentaria.

Más allá de estas diferencias de enfoque de los tres libros, cabe señalar algunos puntos comunes que permitan tener una visión de conjunto. El primero se refiere a la relación de los homenajeados con el campo científico en el que se han colocado. La pluralidad de comportamientos es evidente, en este y muchos otros casos, pero también su inequívoca confianza en el valor de la historia y su clara vocación de considerarla como una ocupación profesional. Hay «derivadas» disciplinares y algunas mutaciones, pero también fijeza sobre la roca disciplinar, tanto de periodo como de enfoque metodológico. El ejemplo más evidente de una fecunda «derivada» historiográfica es el de J. J. Carreras, que transita desde la historia antigua o altomedieval hasta la época contemporánea en un proceso que fue común en otros influyentes autores de la generación anterior, como Vicens Vives o Jover Zamora, que experimentaron el tránsito desde el medievalismo o del modernismo hacia el periodo contemporáneo. En la biografía de Carreras esta «derivada» se realizó durante sus once años de estancia en la universidad de Heidelberg, donde la decantación hacia la historia contemporánea tuvo lugar de la mano de historiadores tan influyentes en la renovación metodológica de la historia en la Europa de la segunda mitad del siglo XX como fueron Werner Conze y Reinhart Koselleck. Un ejemplo más de mutación que de «derivada» disciplinar fue la realizada por Julio Aróstegui, al haber conducido sus estudios iniciales sobre el Carlismo hacia una especialización en torno a la violencia política y el estudio de la guerra civil, como señalan dos de los coordinadores del libro-homenaje (J. Martínez y E. González Calleja), antes de recalcar en su actual especialización sobre la memoria histórica. En cambio, la obra de Javier Tusell, a pesar de la considerable extensión que alcanzó (la más prolífica de su generación), es un ejemplo

de especialización prematura que apenas se modifica con el tiempo: la historia política de la España del siglo xx, con especial querencia por la narrativa de los acontecimientos (gobiernos, elecciones, partidos políticos) y las aproximaciones biográficas.

Esta observación nos introduce en otro aspecto no menos significativo del perfil que tiene el contemporaneísmo español desde su constitución disciplinar como tal a mediados de los años sesenta. Se trata de su renuencia a la reflexión teórica y su descuido, cuando no desprecio, hacia la historiografía y los problemas de método inherentes a todo proceso de investigación. También su tendencia a mantener una prudente distancia respecto de otras ciencias sociales afines, posición debida quizás más a la competencia corporativa con ellas que a la impertinencia de esa familiaridad. La abundancia de fuentes con las que trabajar, el corrimiento de los periodos estudiados de forma paralela a la evolución biográfica de los historiadores y el reclamo insistente que tanto la vida cultural y política como las exigencias mediáticas ejercen sobre la labor investigadora del historiador del mundo contemporáneo son algunas de las razones que explican esta orfandad teórica. Sin embargo, sería injusto generalizar tratándose de una glosa sobre las obras de Carreras y de Aróstegui, pues ellos representan propiamente dos de los más significativos «oasis» que se registran en este «desierto». La ejecutoria de J. J. Carreras fue, en este sentido, la más coherente e innovadora, fruto también de su larga permanencia en Alemania, donde logró una considerable formación en el materialismo histórico a través de la lectura de los textos originales de sus principales fundadores y una familiaridad con la historiografía y con la historia de los conceptos que era impensable haber adquirido en la España franquista. La de Aróstegui, forjada a medias entre su experiencia profesional y la influencia de la historiografía francesa, constituye una aportación singular a la historia del «tiempo presente» en la que, a juicio de los compiladores del volumen, ha sido «uno de los pioneros en la dilucidación teórica de esta subdisciplina historiográfica».

Quisiera insistir de nuevo sobre las ideas comunes que bullen entre el centenar de colaboraciones de los tres libros y en los puntos de encuentro que se pueden rastrear en sus peripecias biográficas e intelectuales. En una palabra, entender estos homenajes como un reclamo que nos lleva hacia la obra personal y el «estilo» de los maestros homenajeados, pese a sus diferencias metodológi-

cas y de campo de estudio. Se trata, en primer lugar, de su confianza en el valor de la Historia como ciencia, con autonomía en su metodología y con una agenda específica en la fijación de problemas y búsqueda de resultados. Los títulos de los homenajes tributados a Carreras y Aróstegui son bien significativos, ya que oscilan entre el *valor* y la *razón* de la historia como una confesión de confianza en una disciplina que posee no sólo una metodología específica al modo del *métier* invocado por Marc Bloch, sino también una capacidad interpretativa del pasado que le habla al presente, al modo de los enfoques generalizadores que dominan en una de las grandes corrientes de la historia de la historiografía, desde Ibn Kaldún hasta Fernand Braudel. La concepción de la historia como una tarea propia de una corporación académica, de tan claros ecos germánicos, se advierte en cada artículo de J. J. Carreras, quien llega a calificar a la historia como «una vieja dama» elegante, acosada por la sociología y en peligro de ser seducida por la antropología. Tentaciones a las que Carreras proponía resistir en un breve artículo de 1994, que es objeto de un comentario respetuoso pero crítico —lo que no suele ser frecuente en este género de publicaciones— por parte de M. Pérez Ledesma. Esta defensa de la autonomía de la ciencia histórica también está presente en el rigor analítico con que Aróstegui practica tanto la escritura de la historia como los métodos de investigación del pasado, a los que dedicó un conocido libro (ARÓSTEGUI, 2001).

De forma alternativa, la posición de Tusell y del estilo historiográfico que impuso se caracteriza más por el individualismo metodológico y la confianza en el relato narrativo como principal herramienta del historiador, en un sesgo en el que se advierte una vaga influencia anglosajona y, de forma más directa, la más cercana de la historia política española, al modo de M. Fernández Almagro o de Jesús Pabón. En su muy adjetivada aproximación biográfica, observa J. M. Cuenca que Tusell «no concedió nunca [porte científico] a la disciplina de Clío» por considerarla simplemente una «ciencia social» (AVILÉS, 2009: I, 22). Podría no ser del todo así, pues de lo que puedo dar testimonio personal —como miembro del Consejo de Universidades en los primeros noventa— es de su pugnacidad a la hora de defender el estatuto de la Historia en los planes de estudio de la universidad española frente a cualquier intento de disolución de la misma en el magma de las ciencias sociales o en

el reino de la escritura fácil y no sometida a método científico. Sus pendencias con científicos experimentales eran memorables, como lo fue su beligerancia como historiador presente en el espacio público a propósito de la propuesta de «mejora de las humanidades» lanzada por el gobierno Aznar a finales de los noventa. Quizás predominase en todo ello una clara vindicación corporativa, pero es evidente que tenía una decidida confianza en el valor de la Historia como disciplina científica.

Un segundo asunto no menos relevante es el desigual peso que tiene la nación en el discurso historiográfico de estos tres autores; más clara en el caso de Tusell y mucho más suave o simplemente olvidada en la obra y en el enfoque metodológico de Carreras y de Aróstegui. La obsesión por la cuestión nacional (estatal o subestatal) marcó a la mayoría de los científicos sociales y humanistas de la España del siglo xx, incluidos algunos de los exiliados republicanos más eminentes, como Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz o Pere Bosch-Gimpera. Esta preocupación por «el ser de España» fue también pasto común de muchos de los que se quedaron y desarrollaron su labor en tiempos del franquismo, desde el maestro Menéndez Pidal hasta intelectuales más jóvenes como Laín Entralgo o J. A. Maravall, indagadores del «problema de España» o del proceso de formación de la idea o del concepto de España. En suma, esa «angustia nacional» o pavor hacia la «España invertebrada» orteguiana que recorre explícita o tácitamente gran parte de la obra intelectual de muchos pensadores e intelectuales españoles del siglo xx rebrotó con fuerza, quizás de forma especial en el campo de la historiografía, en los años de transición democrática y de construcción del actual Estado de las Autonomías, tanto desde la perspectiva central o estatal como, de forma más intensa, desde el ángulo periférico o subestatal. El propio Tusell dedicó una parte importante de sus últimas intervenciones públicas y de sus escritos al análisis de la pluralidad cultural española y, sobre todo, al encaje del proyecto nacional catalán en el marco estatal español, quizás como un reconocimiento de su origen étnico catalán, parcialmente velado en sus años de juventud madrileña, lo que, a juicio de J. M. Cuenca, supuso pasar de un «centralismo hipertrofiado» a un «neoforalismo roborante» (AVILÉS, 2009: I, 22).

De todas formas, si uno quisiera ponderar el peso de la nación en el discurso historiográfico de estos tres autores y de sus discipu-

los a través de los libros-homenaje, la conclusión es bastante clara: tanto en su obra individual como en las colaboraciones aquí reunidas, la presencia de la cuestión nacional es claramente secundaria. De hecho, sólo un par de artículos entre un centenar se ocupan del asunto, a propósito de la cuestión vasca (J. L. de la Granja y L. Castells), y resulta algo sorprendente que en el homenaje a Tusell no se encuentre ninguna colaboración catalana, ni por origen corporativo ni por contenido argumental. Este orillamiento de la cuestión nacional es, desde luego, excesivo y sólo explicable por el enfoque que los organizadores de los homenajes les han dado. Pero también es indicativo de la tendencia a acotar en los propios ámbitos historiográficos «periféricos» esta cuestión, como si no fuera un problema de orden general. Y aunque es cierto que la historiografía contemporaneísta española del último medio siglo ha contribuido mucho más de lo que se suele decir a la racionalización y al análisis criterioso de la cuestión nacional, no estoy seguro de que se haya llegado a la tierra de promisión anunciada en 1998 por Carlos Forcadell: «Tenemos una buena noticia: los historiadores profesionales no son nacionalistas» (FORCADELL, 1998: 144).

Y, finalmente, queda un punto que quiere servir de enlace con la reflexión inicial sobre la relación entre maestro y discípulo. Invocaba allí los nombres de algunas figuras señeras de la historiografía española contemporaneísta y conviene ahora analizar en qué eslabón de la cadena se sitúan los casos que nos ocupan. Que sean un eslabón puede admitirse, pero la fortaleza del enganche parece mucho más desigual en cada uno de sus polos, tanto por análisis objetivo como por autopercepción de los protagonistas. Repasemos brevemente el itinerario de cada uno. En el caso de Carreras, debido a su «deriva» disciplinar, el principal magisterio se sitúa en el exterior, lo que no tendría nada de anómalo si ese aprendizaje hubiera sido el resultado de una recomendación hecha desde el interior, que no fue el caso. Más bien es la confluencia de talento personal y el hallarse en el lugar justo, en el laboratorio de una «historia conceptual» que nadie en España podía entonces conocer, lo que definió mejor su educación como historiador. De hecho, su «emigración» —la percepción es del condiscípulo Lledó— a la universidad alemana fue en el fondo una búsqueda de maestros de los que ambos carecían en España: «qué más hubiéramos querido, Juan José y yo, que haber tenido maestros y no el discurso asignaturesco y va-

cuo» de la etapa universitaria madrileña, recuerda Lledó en su memoria del amigo (FORCADELL, 2009: 38). La relación de Carreras con la tradición historiográfica española es, por tanto, tan débil que apenas se perciben las líneas de enlace con autores jóvenes como Vicens o Carande, ni con coetáneos como Tuñón de Lara, Jover o Artola, con los que congenia, bien por simpatía personal (con este último) o bien por una cierta coincidencia historiográfica o metodológica (con los dos primeros).

Demos un salto y veamos los otros dos ejemplos. El de Javier Tusell corresponde a una formación en los medios universitarios madrileños de los sesenta, con un perfil intelectual más propiamente de su época que personal, aunque se adviertan claras influencias en su formación de parte de Jover Zamora, Pabón o Carlos Seco, además de una cierta proximidad generacional al estilo que, en Oxford, estaba imponiendo Raymond Carr sobre algunos de los condiscípulos del propio Tusell, como Fusi o Varela Ortega. En suma, una debilidad de maestros más por eclecticismo de formación que por ausencia de magisterios. Para el caso de Aróstegui, que siguió un curso de formación más zigzagueante que el de Tusell, a pesar de su relativa proximidad generacional, contamos con su propia «egohistoria» que por personal y sincera no deja de ser objetiva. Su diagnóstico es claro: «mi contexto fue la soledad», esto es, la inexistencia de maestros en los que reconocerse, sensación que compartía incluso con uno de sus más próximos confidentes, el historiador Tuñón de Lara (MARTÍNEZ *et al.*, 2009: 374). Es probable que esta sensación de soledad sea algo exagerada, pero tampoco existen razones suficientes para no acreditar en esta confesión que, sin duda, es valiente y esclarecedora. De modo que, en un imaginario *bildungsroman* que contase las peripecias del proceso de aprendizaje de la generación de historiadores aparecida en el tardofranquismo, el encuentro con el guía o maestro no se habría producido o, de haberlo hecho, habría sido puramente accidental. Parece ser el ambiente o la cultura coetánea del interior, más o menos influida por textos y corrientes procedentes del exterior (y algo de figuras del exilio), lo que moldea el carácter de estos cultivadores de la historiografía contemporaneísta.

Que no tengan maestros es tal vez explicable por las características de la propia disciplina, desatendida institucionalmente por sospechosa, cuando no peligrosa en los años de formación de estos

homenajeados. Ahora bien, la pregunta es si ellos han sido capaces de romper esta inercia, constituirse como maestros y formar una escuela o, cuando menos, un estilo historiográfico. La respuesta, con todas las salvedades que se puedan poner, es afirmativa. El reconocimiento de su magisterio se advierte tanto en los propios títulos de los homenajes como en los contenidos de carácter misceláneo y, desde luego, en las protestas de discipulado que de forma generalizada proclama el centenar de colaboradores de estos libros. Sí, como ha advertido J. Caro Baroja, la personalidad de los historiadores «es muy fácil de encontrar detrás de lo que escriben», también se podría añadir que esta marca individual aparece en la imagen que los discípulos y colegas tienen de sus maestros. De Carreras se alaba la pulcritud en la exposición de ideas y la agudeza de sus intervenciones en actos de gran valor simbólico (lecturas de tesis, concursos de profesorado, congresos); de Aróstegui, su «rigor profesional» que se transmite a través de una prosa algo rocosa y de su obsesión por encuadrar teóricamente sus pesquisas empíricas, y en Tusell se advierte claramente como su «escritura torrencial», urgida por una enorme voracidad temática y una gran habilidad para descubrir veneros documentales generalmente de origen privado, es característica que define su obra y también su personalidad.

Ahora bien, más allá de la diversidad e incluso contingencia temporal de la nómina de colaboradores de los homenajes, un nítido perfil personal sale a flote con facilidad. Es evidente que la especialización de J. J. Carreras en historiografía constituye no sólo un estilo intelectual, sino una marca que ha dejado poso en las universidades por las que ha transitado y, de forma especial, en la de Zaragoza, donde actualmente se encuentra el núcleo mejor formado en España en materia de historia de la historiografía. De forma menos contundente se podría afirmar algo semejante de la influencia de Aróstegui y de Tusell en los campos de la historia política de la España del siglo XX, tanto en su variante de la guerra civil y la violencia política como en el análisis de la naturaleza de los regímenes políticos y las relaciones internacionales. Es verdad que en estos campos había más tradición en España que en la historiografía o la historia conceptual, pero también es preciso reconocer que tanto Aróstegui como Tusell desempeñaron una labor de pioneros en la colocación de la bandera del método histórico en los campos conquistados, fuese a meritorios hispanistas o fuese a *amateurs* propios

del interior. Periodos básicos para entender la España actual como son la guerra civil, el franquismo y la historia del tiempo presente, incluido el más reciente debate sobre la memoria histórica, deben mucho a estos dos autores.

El contemporaneísmo español se halla todavía en una sazón primaveral, en lo que se refiere a su proceso de institucionalización y normalización como disciplina. Su despegue se ha producido hace menos de medio siglo con la separación de las antiguas cátedras de historia general, moderna y contemporánea, la aparición de departamentos universitarios específicos y la configuración de una comunidad profesional de investigadores de la historia propiamente contemporánea. Es, por tanto, un campo científico todavía joven, pero que ha tenido una expansión espectacular desde los años ochenta, si ésta se mide en número de miembros de la comunidad, publicaciones, congresos, capacidad asociativa y presencia pública. No es posible dar cuenta de todo ello, pero estos tres homenajes —al igual que algunos otros como los tributados a Miguel Artola (1994), Manuel Tuñón de Lara (1999) o Josep Fontana (2004)— pueden tenerse como hitos indicadores de ese proceso de construcción de una disciplina académica. Hubo desde luego algunos *pioneros* ilustres (Tuñón, Jover, Artola), pero la generación académica que representan Carreras, Aróstegui y Tusell, que por razones biográficas diversas —entre ellas, la procedencia de los dos primeros de la enseñanza secundaria— casi han coincidido cronológicamente en su instalación como referentes universitarios desde finales de los setenta, es la propia de unos *colonizadores* que han de organizar un territorio nuevo, en este caso, el de la historia contemporánea. Sus aportaciones deben ser valoradas, por tanto, más allá de su obra individual, que eso es lo que está detrás de muchas de las reflexiones que, a modo de balance sobre el grado de avance que cada uno de estos tres autores ha dado a la disciplina, han escrito los colaboradores de los tres homenajes. Que muchas de estas contribuciones tengan un punto de emotividad y quizás de parcialidad se debe dar por descontado, pero todo ello en nada mengua el magisterio de los homenajeados que han abierto senderos por los que muchos de nosotros hemos caminado.

## Bibliografía

- ARÓSTEGUI, J. (2001): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.
- AVILÉS, J. (coord.) (2009): *Historia, política y cultura. Homenaje a Javier Tusell*, Madrid, UNED.
- FORCADELL, C. (1998): «Historiografía española e Historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas» *Ayer*, 30, pp. 141-158.
- FORCADELL, C. (ed.) (2009): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- MARTÍNEZ, J.; GONZÁLEZ CALLEJA, E.; SOUTO, S., y BLANCO, J. A. (coords.) (2009): *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Universidad Complutense.
- REIG TAPIA, A.; DE LA GRANJA, J. L., y MIRALLES, R. (coords.) (1999): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.
- STEINER, G. (2003): *Lessons of the Masters*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- VVAA (1994): *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, 1, *Visiones generales*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Alianza Editorial.
- (2004): *Josep Fontana: historia y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- (2005): *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27.